



Majaderías

Yo crecí en un ambiente (el de la España popular de finales de los sesenta y primeros setenta) en el que la Historia del Arte acababa en Velázquez; tal vez en Goya, para los más vanguardistas. Picasso era un cantamañanas que no tenía ni idea de perspectiva, y lo que hacían Miró o Tàpies lo podía hacer con una caja de lápices de colores cualquier colegial de siete años que pusiera esmero. Yo aprendí bien esa idea del arte de trileros y de embaucadores; esa idea del fraude de los pinceles.

Luego crecí más, me interesé por el mundo de la cultura, fui a la Universidad y me desclasé del todo. Aprendí entonces a descifrar el mundo estético de Miró y de Tàpies, me instruí en todas las manifestaciones del arte no figurativo y llegué a preferir (frente a Zurbarán o Durero) a Rothko, a Mondrian o a Paul Klee. Al llegar a ese punto, miré con ternura condescendiente a quienes seguían diciendo que un colegial es capaz de hacer un Pollock en 10 minutos: no eran capaces de entender el arte verdadero porque no habían sido educados para ello.

Ese sentimiento de que uno no ha entendido algo sólo porque no tenía la instrucción suficiente para hacerlo no se olvida nunca. Se convierte en una especie de agujero negro intelectual, en unas arenas movedizas permanentes que obligan a quien está atrapado en ellas a creer que si una obra artística le parece una mamarrachada no es porque en realidad lo sea, sino porque él no tiene la sensibilidad educada para apreciarla.

Volvió a pasarme este verano en el museo Guggenheim de Bilbao, viendo la exposición retrospectiva del estadounidense Jeff Koons, el rey del *kitsch* y uno de los artistas vivos más cotizados y reconocidos del mundo. Después de los primeros instantes de perplejidad (o de estupor), pensé en aquel niño inculto y asilvestrado que fui antes de admirar a Rothko

o a Basquiat (de quien también había una exposición antológica en el mismo museo), y puse en funcionamiento todas mis herramientas mentales, eruditas o mundanas, para resolver el conflicto interior que me atenazaba. Desempolvé mi espíritu posmoderno más lustroso, evoqué ejemplos históricos que pudieran resultar clarificadores, como el de Warhol, y traté de recordar algunas teorías artísticas sobre la ironía, sobre la simplicidad de las formas o sobre la cultura popular. No sirvió de nada. El estupor persistía, acrecentado a medida que iba atravesando las salas y viendo conejitos gigantes dorados o colosales fotos de Cicciolina en actitud amoratoria.

No digo que no tuviera un momento de vacilación, pero al final vi la desnudez del emperador: aunque yo haya sido un niño indocto, Jeff Koons es un majadero y la sociedad que cuelga sus obras en los museos es una sociedad infectada por algún microbio devastador de la inteligencia. Una sociedad dolientemente enferma o dolientemente imbécil. Y quien tenga alguna duda puede escuchar los textos de las audioguías del museo, que explican con soberbias naderías y retorcimientos pedantes el sentido de la obra de Koons.

¿Cuál es la enfermedad? Algunos de sus síntomas tienen que ver, sin duda, con este modelo de capitalismo monetarista y ramplón en el que vivimos, que estimula el gobierno de los tenderos sin más contraindicaciones. En verano hemos sabido también que Takashi Murakami (otro de los artistas exitosamente mercantiles del momento) ha suspendido su colaboración con Louis Vuitton, para disgusto, tal vez, de Rita Barberá.

Pero alguna culpa debemos de tener también en esta enfermedad del arte los que, sin ser tenderos, hacemos la claqué cada día a lo que los tenderos venden. Los que propiciamos, sin queja ni burla, que Candy Crush acabe convirtiéndose en movimiento artístico.

